

razones muy poderosas para impedirle residir ahí.» (6 de marzo.)

Gracias tambien al afan con que procuraba enterarse de todo, supo por MM. Monge y Laplace, que Mr. Bertholet, hombre muy sabio á quien apreciaba y queria en extremo, estaba apurado de recursos, y le escribió lo que sigue: «He sabido que necesitais 150,000 francos, y acabo de mandar á mi tesorero ponga á vuestra disposicion esa cantidad, alegrándome de que se me haya proporcionado esta ocasion de poder seros útil y daros una prueba de mi aprecio.» (Finkenstein 4.º de mayo.)

Luego dirigió nuevos consejos á sus hermanos Luis y José acerca del modo de reinar, uno en Holanda y otro en Italia, diciendo al primero, que favorecia por espíritu de vanidad propia de todo recien elevado, al partido del régimen antiguo, esto es, el orangista, creaba mariscales sin tener ejército, é instituia una órden que prodigaba al primero que se presentaba, como por ejemplo á franceses á quienes no conocia, y á holandeses que no le habian prestado ningun servicio. A José le reprendió porque era débil é indolente, y se ocupaba en realizar reformas, mas aparentes que otra cosa, en vez de someter la Calabria, y porque en el decreto suprimiendo los monges, medida que aprobaba y mucho, habia un preámbulo que parecia habia sido estendido por filósofos, y no por hombres de estado. «Semejante preámbulo, decia, debia estar escrito en el estilo propio de un pontífice ilustrado, que suprime los monges por inútiles y gravosos para la iglesia. He formado muy mala opinion de un gobierno que

obra llevado de la manía que aquejaba á los hombres de la inspiracion. (14 de abril.) No frecuentas tanto el trato de los literatos y hombres científicos, porque son lo mismo que *esas coquetas* á quienes enamoramos por pura galantería, pero que nunca debemos convertir en esposas, ni llamarlas á desempeñar un ministerio.» Además, le reprendió porque se hacia ilusiones acerca de su situacion en Nápoles, lisongeándose de que le querian bien, cuando solo habia trascurrido un año desde su advenimiento á aquel trono. «Lo que debes hacer, le decia, es preguntarte á tí mismo, qué seria de tí, si no hubiese en Nápoles treinta mil franceses. Cuando hayas reinado veinte años, y no solo te hayas hecho temer, sino apreciar, entonces podrás creer que tu trono está afirmado.» Por último, despues le hacia la pintura siguiente acerca del estado en que se hallaban los franceses en Polonia: «Vosotros comeis en Nápoles guisantes, y quizá buscareis ya la sombra, cuando nosotros por el contrario, nos hallamos como en el mes de enero. He mandado abrir trincheras delante de Dantzic, donde empiezan á reunirse cien piezas de artillería y doscientas mil libras de pólvora. Nuestras obras distan sesenta toesas de la plaza, la cual tiene una guarnicion de seis mil rusos y veinte mil prusianos, mandados por el mariscal Kalkreuth; pero creo que no habrán transecurrido quince dias sin que la haya tomado. Por lo demas, puedes estar tranquilo.» (Finkenstein 49 de abril.)

Tales eran las diferentes ocupaciones á que se entregaba, en medio de las nieves de Polonia, aquel genio estraordinario, abarcándolo todo, cui-

dando de todo, aspirando no solo á gobernar á sus tropas y empleados, sino hasta el talento; queriendo, no ya obrar, sino pensar por todo el mundo; inclinado las mas de las veces al bien, pero dejándose llevar algunas porsu incesante actividad hácia el mal, como acontece al que todo lo puede, y no halla obstáculo alguno que se oponga á sus propios impulsos; impidiendo, ora las reacciones, ora las persecuciones, y luego, en el seno de una gloria inmensa, sintiendo el aguijon de una lengua enemiga, hasta el extremo de bajar de su altura para perseguir á una muger, el mismo dia en que defendia á un individuo de la Convencion contra el espíritu reaccionario que reinaba en aquel momento! Felicitémonos á nosotros mismos porque al fin solo dependemos de la ley, de la ley igual para todos, y no estamos espuestos á tener que depender de los buenos ó malos impulsos del alma, por muy grande y generosa que sea esta. Sí, mas vale la ley que ninguna voluntad humana, cualquiera que sea, pero debemos ser justos, sin embargo, para con el hombre que por su omnimoda voluntad supo llevar á cabo cosas que rayan en prodigio, que las realizó con nuestro auxilio, que empleó su fecunda energía en reorganizar la sociedad francesa, reformar la Europa, y llevar á todo el mundo nuestro poderío, así como nuestros principios, y que si, de todo cuanto hizo con nuestras fuerzas, nos dejó únicamente un poder transitorio, tambien nos ha dejado la gloria que nunca muere; la gloria que algunas veces basta para recobrar el poder perdido.

## LIBRO VEINTE Y SIETE.

### Friedland y Tilsit.

Sucesos en Oriente durante el invierno de 1807.—Asustado el sultan Selim con las amenazas de Rusia, repone en sus destinos á los hospodares Ipsilanti y Maruzzi.—No por eso dejan de proseguir los rusos su marcha hácia la frontera turca.—Al saber la violacion de su territorio, escitadala Puerta por el general Sebastiani, envia sus pasaportes al ministro de Rusia, Mr. de Italinski.—De acuerdo los ingleses con los rusos, pidense permita la vuelta á Mr. de Italinski, que sea espulsado el general Sebastiani, y se declare inmediatamente la guerra contra Francia.—Resistencia de la Puerta y retirada de Carlos Arbutnot, ministro de Inglaterra, á bordo de la escuadra inglesa anclada en Tenedos.—El almirante Duckworth á la cabeza de siete navios y dos fragatas, fuerza los Dardanelos sin sufrir ningun daño, y destruye una division naval turca en el cabo de Nagara.—Terror que se apodera de Constantinopla.—El gobierno turco se divide, y está á punto de ceder.—El general Sebastiani anima al sultan Selim y le induce á que finja una negociacion para tener tiempo de armar á Constantinopla.—Siguense los consejos del embajador de Francia, y Constantinopla queda armada al cabo de algunos dias con la cooperacion de oficiales franceses.—Entáblanse conferencias entre la Puerta y la escuadra británica anclada en las islas de los Principes.—Dichas conferencias terminan negándose la primera á lo que pedia la legacion inglesa.—El almirante Duckworth se dirige hácia Constantinopla, encuentra la ciudad armada con trescientas bombas de fuego, y se decide á volver á los Dardanelos.—Vuelve á pasarlos, pero con mucho daño de su division.—Efecto que causa en Europa este suceso, en provecho de la política de Napoleon.—Aunque victorioso éste, viendo las dificultades que la naturaleza le o pone en Polonia, se fija en la idea de una gran alianza continental.—Hace nuevos esfuerzos para penetrar el secreto de la política austriaca.—